

de la ignorancia y la miseria, y cuya primera causa, es la viciosa division territorial.

El comercio, estuvo reducido primero al que se hacia por solo el puerto de Cadiz para el de Veracruz, y a esta limitacion de un solo puerto, se una, como un mal gravissimo para este ramo, la facilidad del monopolio. Habia en Sevilla una casa llamada de contratacion, unica de donde salian cada año los efectos destinados para la America, y a la llegada de esta flota anual, se celebraba en Jalapa una feria, para venderse allí los efectos que habian venido de España, como los que se exportaban de este suelo, así para la peninsula como para la Habana; y estos eran la grana, el añil y el palo de tinte, el algodón, tegidos de bayeta y jerga, harina, azúcar, jabón y alguna loza de Puebla.

A esta flota salida de Cadiz una vez al año, sólo se añadía la llamada *nao de la China*, despachada de Manila tambien una vez al año, y que llegaba al puerto de Acapulco, donde se celebraba una feria para el cambio de estos efectos. No es extraño pues, con tan limitadas introducciones de efectos, que los precios de las mercancías europeas o asiáticas fueran tan excesivos y que fuera tan fácil su monopolio: ni es de extrañar ahora, que la riqueza destinada al comercio, estuviera acumulada en manos de los españoles, pues eran los únicos que por sus relaciones e influjo podian aprovecharse de los beneficios que un sistema tan restrictivo, derramaba en las manos de unos cuantos, con perjuicio de la generalidad. En los últimos tiempos se dio mas amplitud al comercio, permitiendo hacerlo con cualquiera puerto de España, y tambien por el mar del Sur, con los puertos de las otras Americas, aunque esto con algunas restricciones en cuanto a los generos y frutos que debian ser objeto de esta especulacion.

Por todo lo visto se viene en conocimiento y sin esfuerzo que el corte de Madrid, no omitia medio de mantener la pose-

sion de estos dominios, para lo cual hacia que se conservara en ellos el influjo europeo y que los americanos estuvieran respecto de todo el mundo, en un aislamiento poco menor que el que estaba el continente, antes del atrevido viaje de Colón. Como hemos visto, sólo llegaban a los puertos del virreinato una vez anual la flota de Cadiz y la nao de China: esta no traía mas noticias, que las cartas de comerciantes de las islas Filipinas; y la primera, fuera de los pliegos de los negocios de gobierno, de las cartas de algunas familias y de los asuntos mercantiles, sólo traía como papeles públicos, algunos números de las gacetas generales, en las que la mayor parte se llenaba con los mismos acontecimientos de la Nueva España o de las otras posesiones de America, las provisiones de empleos así eclesiásticos como civiles, y rara vez algun suceso notable de otro genero, como la aparicion de un cometa, el resultado de una famosa batalla o algun otro semejante.

En Mexico, el primero que hizo publicaciones periódicas por la prensa, fué el Sr. D. Juan Ignacio Castoreña y Ursua, originario de Zacatecas y nombrado obispo de Yucatan; aunque ni el Sr. Alamán, ni Bustamante y Beristain, dan noticia de que clase de periódicos fueran estos: despues se publicó desde 1728 hasta 1740 la gaceta mensual del Presbitero D. Juan Francisco Salazar de Arévalo, Ladrón de Guevara, pero esta produccion solo contenia las elecciones que se hacian de miembros del ayuntamiento, o de prebados en las comunidades religiosas, la muerte de personas notables, algunas noticias históricas y varias remisiones de las gacetas generales de Madrid. En el año de 1746 se imprimió la obra de D. José Antonio Villaseñor, titulada El Teatro Americano, que bajo el gobierno del conde de Fuencarrá y por mandato del rey, se escribió para hacer en ella una relacion de la situacion, vecindario y comercio de los lugares dependientes del virreinato. El Presbitero D. José Antonio Alade, natural de Oaxaca y

CAPITULO BIBLIOTECA U. A.



uno de los ilustres americanos que aun en aquel tiempo mereció ser nombrado socio corresponsal de la academia de ciencias de Paris, publicó en 1768 las gacetas de literatura, dedicadas á difundir las ciencias exactas y naturales en que habia sobresalido el autor: poco despues, en 1772, el doctor en medicina D. Ignacio Bartolache, publicaba su Mercurio volante, que solo contenia noticias de física y medicina; y desde antes, en Enero de 1764 se empezó á publicar la gaceta de México, en un pliego pequeño cada quince dias, y que fuera de algunas noticias muy escasas de este suelo, en su mayor parte se llenaban con las que venian en las gacetas del gobierno de Madrid. En 1805 se publicaron los diarios de México y de Veracruz: este, como dedicado esclusivamente al comercio, solo tenia noticias relativas á este ramo; y el primero, escrito bajo la direccion del alcalde de corte Villa Urrutia, contenia poesias y noticias estadísticas ó literarias: pero con tantas precauciones, que era censor el oidor decano, y mas tarde el mismo virey Iturrigaray.

Tantas precauciones combinadas con madurez, por un consejo especial para los negocios de Indias y puesto bajo el inmediato influjo de la atmósfera del palacio de los monarcas castellanos, no podia menos que producir el efecto de la obediencia para aquellos soberanos en toda la vasta estension del vireinato. Esta calma, que distaba poco de la paz de los sepulcros, traia sin embargo la quietud del espíritu, aunque semejante á un letargo producido por algun narcótico; pero que en fuerza de un hábito secular, y la falta de conocimiento de otro estado de mayor felicidad, se reputaba como una gran dicha, y efectivamente eran cualidades envidiables, el respeto general á la autoridad, la tranquilidad de los espíritus y la union que habia entre toda la sociedad, á pesar de los heterogeneos elementos de que se componia. Todo esto, dice el autor de quien hemos venido tomando estos datos, unido á la

abundancia y prosperidad que se disfrutaba, constituia un bienestar general que hoy se recuerda en América como en la antigua Italia el siglo de oro y el reinado de Saturno; y mas bien se mira como los tiempos fabulosos de nuestra historia, que como una cosa que en realidad hubo, ó que es posible que existiese.

Sin embargo del respeto que nos merecen los juicios del Sr. Alamán por su indisputable ilustración, no podemos menos, que manifestar nuestro disentiimiento en esta parte. Nosotros no desconocemos algunas ventajas materiales como las hemos confesado y venido haciendo notar en el curso de este tomo; pero lejos de creer, que esto y tal cual medida de la corte de Madrid algo lisongera para los intereses americanos y algunos actos de los funcionarios del vireinato conformes con los principios de eterna justicia, fueran para México la edad de oro en el sentido político, sentimos por el contrario que cada dia se alejaba mas de llegar á este término tan deseado. Los pueblos lo mismo que los individuos que los forman, no son materia pura y bruta, que se satisfagan con esas ventajas y comodidades de la inercia: tienen un espíritu que tiende sin cesar á unirse con lo infinito, y de allí ese deseo constante de un perfeccionamiento progresivo: encadenar esta facultad en los pueblos, sería lo mismo que mantener á un hombre en la infancia. Ciertó que en la vida es la edad feliz, porque está circundada de una santa ignorancia, que lo escuda contra las crueles decepciones de la edad madura y las amarguras de una penosa decrepitud; pero no se podrá decir que los triviales entretenimientos de los niños y sus gracias pueriles, son el alto fin á que el hombre está destinado sobre la tierra. Pues así también los pueblos, tienen una misión mas noble, que obedecer á un soberano que no podría jamas legitimar sus derechos y trabajar en la abyección de la ignorancia, para satisfacer el orgullo y la sensualidad de una clase que en medio



de su ilustración, no daba muestras de comprender sus reciprocos derechos y obligaciones, para con otra clase que por su desgracia y su nacimiento en este suelo, tenía derecho á mayores consideraciones.

Al sentar estos conceptos, muy distantes estamos de canonizar esos impetuosos é imprudentes arranques de una mentida civilización, que ha sido también importada para nuestra ruina nacional; si no de allende los mares, si de otra nación que es tanto más peligrosa para nosotros, cuanto que con su íntimo contacto tiene tanta mayor facilidad para comunicarnos su venenoso aliento. Siguiendo el curso de la obra, nos acercaremos más á los tiempos en que vivimos, y entonces habrá ocasión de apreciar los hechos que les son propios, en los cuales haré notar como hasta aquí, cuales han sido las causas de esas grandes desgracias que este infortunado pueblo ha tenido que sufrir en el trascurso de muchos siglos.

Como ya hice notar desde la parte que sirvió de introducción á esta obra, con la época de la conquista coincidió la edad de oro de México; pero solo en cuanto al sentido religioso. En esto sí no hay duda y no me canso de recordar con inesplacable júbilo, la venida de los primeros operarios apostólicos, que bajo la humildad de su exterior traían la fuerza prodigiosa para cambiar la faz de los imperios. Confieso que mi alma se estremece de gozo al sonido de aquellas palabras fecundantes con que Fr. Francisco de los Angeles superior de los franciscanos mandó á los primeros evangelizadores de este suelo. "Yo os mando que vayáis y deis fruto y vuestro fruto permanecerá." Esta fué la palabra creadora que hizo fecundar la nada: ella fué el Fiat Omnipotente, que del caos del tenebroso paganismo azteca y de la corrupción de las costumbres castellanas, hizo brotar la luz de la civilización; y entonces positivamente para México, dió principio una época de felicidad en medio de los más grandes quebrantos. Los antiguos habitantes

del Anáhuac, lloraban amargamente sus crecidos infortunios; habían sentido el influjo del ángel exterminador; y veían sus ciudades más populosas convertidas en campos, donde se veían confusamente hacinadas sus ruinas, sobre las que estaban sentadas la muerte y la desolación, cubriendo con un velo lúgubre una grandeza que pasó y que se marchitó como una delicada flor al impulso del Austro y del Aquilon. El lustre de las noblezas indígenas se había eclipsado: los intrépidos guerreros caídos al golpe fatal de la destructora guadiana, cubrían con sus huesos enblanquecidos, los campos de las batallas: las vírgenes del Anáhuac eran arrebatadas del campo de la pureza para satisfacer los instintos animales de los homicidas de sus padres y de los usurpadores de la libertad de sus pueblos. Los famosos monumentos elevados para eternizar sus glorias, habían sido tratados como infames adoratorios del demonio: las preciosidades de su industria, pasaron la dilatada superficie del Oceano para ir á enriquecer y hermosear los gabinetes europeos; y el brillo de las alhajas indígenas, pasó del cuello de las damas del Nuevo mundo al de las Señoras de los conquistadores. En nada de esto hay exageración: los antiguos pueblos tuvieron una grandeza positiva; sus antiguas historias han demostrado los adelantos en las artes sus profundos conocimientos en la astronomía y otras ciencias naturales, y la existencia de monarquías basadas en legislaciones donde estaban sabiamente combinados todos los ramos de la administración pública; pero todo esto se hundió en el abismo de lo que fué, mezclándose en el fondo pavoroso de un mismo sepulcro, el esplendor de todas las bellezas indígenas, con la vida y la libertad de los pueblos que las produjeron.

En estos días de llanto y de amargura para estos pueblos la voz de la religión se habría pasado por entre las espadas toledanas; y á pesar del ruidoso estrago de las pasiones de los conquistadores, se hacía oír de aquellos pueblos heridos en lo,



mas caro de sus intereses, y depositaba en los corazones desgarrados por la desgracia, el bálsamo vivificador de su consuelo. Los primeros misioneros desplegaron un celo admirable, por defender los derechos de los naturales y encadenar en el terreno de la justicia, la tiranía de los dominadores, que para saciar su ambición abrieron un mar de lágrimas y de sangre. Los conquistadores como base de su política, encendieron la hoguera de la discordia en el corazón de los pueblos y fomentaron el odio que había comenzado á crear el despotismo azteca: y tras este fuego devorador, seguía la inhumanidad de los castellanos concluyendo la devastación de numerosas naciones. Los indígenas presentaron sus desnudos pechos á la mortífera acción de los instrumentos de guerra; y cuando la efusión de su sangre no era bastante para librarlos de la calamidad que sobre ellos reportaba, se entregaron en los brazos de la religión, que enjugó compasiva su llanto, amortiguó su dolor, procuró cicatrizar sus llagas y en cuanto pudo puso á cubierto á aquellos pueblos de la completa ruina de que estaban amenazados. Estos beneficios cuya magnitud nunca podrá el hombre comprender, ni habrá pluma capaz de poderla describir, fueron los que hicieron al clero católico particularmente al regular, dueño absoluto de las voluntades de los desgraciados naturales; y un pueblo que en medio de la idolatría andaba casi tocando las puertas de la verdad, solo á impulsos de su buen sentido y del influjo de añejas tradiciones, fácilmente adoptó la predicación de la religión verdadera, y con gusto la depositó en su pecho, como la semilla que debía darle en la civilización el fruto de su felicidad. Esto habría así sucedido, porque los primeros prelados de la iglesia y los individuos de las comunidades religiosas, á la vez de proteger á los indios contra las violencias de los conquistadores, eran sus infatigables maestros en la religión, en las artes mas necesarias en la vida y en las ciencias: pero el hábito de las pasio-

nes que todo lo mancha, no dejó tambien de proporcionar horribles colores, para poner un borron en las páginas de la historia relativas á esta materia.

Una parte del clero secular casi desde su principio mas bien atendió á esquilar su rebaño, que á nutrirlo con los pastos sólidos de una positiva instrucción. En aquella época, no era el desinterés una de las cualidades características del clero español; y por eso vemos que el conquistador Cortés, en la carta en que daba cuenta á Carlos V de haber concluido la conquista de México, entre otras cosas le pedia, que mandara eclesiásticos para la conversión de los indios; pero le recomendaba no mandara clérigos para evitar funestas disputas por causa de los intereses temporales. El Sr. Alaman dice: "el fruto que de las misiones se sacaba demuestra, que el pueblo dispuesto á recibir las impresiones saludables de la religión, hubiera mejorado mucho si hubiera tenido mas instrucción y si los curas hubieran tenido cuidado de dársela, mas que de atender á sus utilidades personales, fomentando acaso ellos mismos supersticiones que les eran provechosas." Y testimonios de esta clase tenemos en casi todos los escritores de hechos de aquellos tiempos, particularmente en la recomendable obra del Padre Alegre, donde son frecuentes los pasajes en que lamenta no solo el descuido de los curas para atender debidamente á su feligresía, sino muchos casos en que se convirtieron en verdaderos perseguidores de los predicadores apostólicos, por no perder el fruto temporal que cosechaban á la sombra de la ignorante superstición de los pueblos.

El clero regular por el contrario, con una abnegación heroica y un celo digno de los primeros tiempos del cristianismo, atendía al bien espiritual, y no limitaba su predicación á las ciudades: trepaba las encrespadas montañas, bajaba al fondo de los valles solitarios y para difundir las luces de la civilización, no le servían de obstáculo ni las asperezas de los montes,



ni las enfermedades de las tierras calientes, ni el frío de las regiones septentrionales. En las ciudades había escuelas y colegios para instruir á la juventud: en los lugares más cortos congregaba á los pueblos errantes que huían de la devastación de los conquistadores: en los campos trabajaban con el campesino y en los talleres con el artesano; y no esquivaban correr por los desiertos de las tribus salvajes á preparar con el sacrificio de su vida, el triunfo de la civilización.

Este celo de los primeros evangelizadores, lo mantuvieron hasta el fin las comunidades de los jesuitas, las de los colegios de propaganda particularmente el de Guadalupe de Zacatecas que fue la honra de los de su clase, algunas comunidades de franciscanos y las felipenses; pero en lo general antes de tener dos siglos el gobierno virreinal, según el informe secreto dado al rey Fernando VI por D. Jorge Juan y D. Antonio Ulloa, ya se habían corrompido las costumbres á un grado lamentable. A esto contribuían dos causas: la primera, que en tránsito en las miras del gobierno español no dar preponderancia alguna á ninguna clase de la sociedad entre los americanos aunque estos fueran admitidos en el sacerdocio, no se les permitía ocupar los altos puestos de la gerarquía eclesiástica, y para esto apenas se les daba una instrucción limitada á los conocimientos muy precisos para administrar los sacramentos, más por rutina, que con el celo y sabiduría que debe caracterizar á los ministros del altar. Y es la otra razón, que desde los primeros tiempos, la piedad de los fieles fue acumulando tantas riquezas en manos del clero, que ya en los últimos tiempos del gobierno virreinal, se calculaba el valor de estos bienes en la mitad del valor de los bienes raíces del país. Había individuos que sobresalieron en el saber, y esto lo prueba, que á pesar de las precauciones de la corte de Madrid, muchos eclesiásticos americanos ocuparon puestos importantes en los colegios de España, y aun fueron distinguidos algunos con la

mitra y el báculo pastoral: hubo también muchos, que fueron un modelo de virtud; y aun comunidades enteras que supieron conservar este lustre. Estos eclesiásticos, en el ejercicio de su ministerio eran una predicación práctica, de las virtudes y del progreso; á la vez que en la administración de los caudales de las obras pías derramaban á torrentes la misericordia entre los desgraciados y conservaban el culto con esplendor; pero cuando el influjo de la clase sacerdotal y lo cuantioso de sus riquezas, se reunían en individuos de escasa instrucción ó de costumbres corrompidas, venía á producir funestos resultados: de aquí provino el que paulatinamente se fuera perdiendo en el pueblo el respeto y la veneración á los misterios más profundos de la religión; que las fiestas solemnes de la iglesia se convirtieran en vanas esteroididades y pompas profanas, viniendo á hacer consistir la práctica de los más importantes preceptos de la religión, en puras ceremonias, acompañadas no pocas veces con acciones contrarias á la moral, como sucedía para solemnizar las fiestas de los santos patronos de los pueblos, que se tenían corridas de toros, juegos de gallos y de naipes y otras diversiones semejantes. De esta manera fue como las costumbres de algunos eclesiásticos cada día se pervertían más y la generalidad del pueblo fue convirtiendo el catolicismo en un fanatismo religioso, á cuyo influjo su corazón se dominaba por la inmundicia y su inteligencia se perdía en la abyección de la ignorancia. Si en estos últimos tiempos se hubiera tratado de inquirir de buena fe, cual era el origen de algunos males que aquejaban á nuestra sociedad, no se habría cometido la injusticia de calumniar á la religión católica en suponerla causa de los desórdenes que ella esencialmente repugna; y sabiendo que estos antiguos abusos, eran la precisa consecuencia de una política infame encargada de mantener entre nosotros una dominación injusta, se habría tratado de poner el remedio positivo á nuestros males y hoy no tendríamos